

El Madrid de Vallejo

El Vallejo que Madrid conoce en 1925, que es el primer año que el poeta peruano visita la capital española, es un hombre de treinta y tres años, que ha publicado dos libros de poesía en su país: *Los heraldos negros* (1918) y *Trilce* (1922), año en que abandonó el Perú. Figuran también entre sus publicaciones, *El romanticismo en la poesía castellana* (1915) que fue su tesis universitaria; *Escalas Melografiadas* y *Fabla salvaje*, ambas aparecidas en Lima en 1923. La primera una reunión de prosas muy relacionadas tanto con los meses que pasó en prisión, como con su impresionante *Trilce*. Y la segunda, una breve novela de trazos rotundamente indígenas.

Llevaba dos años de residencia en París. Seguía siendo tan frugal en su conversación, como lo había sido en su pueblo, Santiago de Chuco. Y tenía la huella del hambre y de la incomodidad que determina la pobreza, en la mirada triste y en sus carnes magras. No era el hombre dado a quejas. Ni el plúmbeo fabulador de grandezas. Menos aún inveterado narrador exaltante de su propia obra. Se le vio discurrir por la ciudad sin el más mínimo intento de dejar huella. Sin otra intención que conocer Madrid, conocer a su gente, saber de su literatura, que era lo que más le importaba por aquellos años.

Quien hubiese leído entonces su poesía, habría visto nítido el rostro del poeta. Los versos de *Los heraldos negros*, transportando un dolor que parecía tener forma de tan claramente expuesto. Los de *Trilce*, ya sin las presencias modernistas. Enseñando la amargura de una vida hórrida, pero no de una forma común, no como se versificaba en aquellos años en América Latina, tal vez, como se comenzaba a escribir poesía en Europa, o comenzarían muy pronto a escribirla los surrealistas. Pero con una carga mucho más densa de pesar. Un humor casi imperceptible, pero presente en cada poema.

Era octubre de 1925 cuando vino por primera vez a Madrid, y el motivo central de la visita se debía a que le habían otorgado una beca de 333 pesetas, con la que mitigaría su dura problemática en la Ciudad Luz. Por esa razón —la beca, lograda a través de la Legación peruana en España— debió volver en muchas oportunidades. Hasta que a los 35 años —dos más tarde— decidió renunciar a tal ayuda económica, considerando que era una vergüenza que a su edad debiera vivir apoyado en un premio de esta naturaleza.

En ese 1925, Vallejo había conseguido al fin un trabajo. Ingresó en el Bureau des Grands Journaux Ibero-Américains. Y, casi simultáneamente, lograba una colaboración en la revista limeña, *Mundial*. Todas estas novedades en el campo literario repercutieron sólo ligeramente favorables en el aspecto económico. Puesto que no se trataba de elevados honorarios sino todo lo contrario. Ese Vallejo de 1925, comenzaba a recu-

perar el optimismo, o cuando menos, la vaga ilusión que lo había traído a Europa. Volvían a él el deseo y la ambición de triunfar en esa tierra tan distante a la suya.

Pero España para él no era una tierra extranjera. Lo dijo y lo demostró desde su primera visita. Cuando se dispone a conocer Madrid, o si se es más concreto, a ir a recoger su primera mensualidad, escribe en un artículo publicado en *Mundial* lo siguiente: «Voy a mi tierra sin duda. Vuelvo a mi América hispana reencarnada por el amor del verbo que salva las distancias en el suelo castellano».

Una docena de años más tarde no sólo mostraría ese fervor por España en su poesía. También en su digno comportamiento de hombre dolido por lo que pasaba en la tierra hispana. Bastaría su *España, aparta de mí este cáliz*, para demostrar su amor. Y sin embargo se puede sumar a esos emocionados y hermosos poemas, su ansia de ser útil a la República española. Su deseo de colaborar, de aportar algo desde París. Y sus palabras finales, las últimas de su drama, pronunciadas bajo el negro imperio de la fiebre: «España, me voy a España» y expiró.

La crítica que aparece en el diario madrileño *El Imparcial*, y que firma Luis Astrana Marín, no es la primera noticia que se tiene del poeta en Madrid y menos aún en España. En 1923, en la revista *España*, que dirige Luis Araquistain, publica el poema, «Hay un lugar que yo me sé».¹ En 1924 en la revista coruñesa, *Alfar*² ofrece su relato «Los caynas»; y en ese mismo año y en la misma publicación, aparece una crítica suya sobre escultura. En todos los casos, estos trabajos están fechados en París. No obstante, en carta dirigida al conocido crítico peruano, Luis Alberto Sánchez, con fecha 18 de agosto de 1927, le manifiesta: «Le envío unos versos de la nueva cosecha. Usted sabe, mi querido Sánchez, que soy hartamente avaro de mis cosas inéditas, y, si me doy así para usted, lo hago en gratísimo impulso de plena simpatía intelectual. Para amigos tan grandes como usted, todo. Por eso van estos versos a usted. Son los primeros que saco a la publicidad después de mi salida de América. Aun cuando se me han solicitado poemas continuamente, mi voto de conciencia estética ha sido hasta ahora impertérrito: no publicar nada mientras ello no obedezca a una entrañable necesidad mía, tan entrañable como extraliteraria».³

Vallejo jamás fue hombre de dobleces, ni un pícaro que pretendiera seducir a los amigos para quedar bien. Todo lo contrario. Por eso llama la atención esta carta y la

¹ Mientras Willy Pinto dice, en su artículo «César Vallejo, en España», revista San Marcos, n.º 9, segunda época, junio-julio-agosto 1968: «El primer envío de César Vallejo a una revista literaria es un poema fechado en París en 1923 y publicado en España (ese mismo año), revista dirigida por Luis Araquistain», y transcribe el poema, Hay un lugar que yo me sé, que es en realidad el primer verso del citado poema. César Antonio Molina, en La revista Alfar y la prensa literaria de su época (1920-1930), Ediciones Nos, La Coruña, 1984, señala que el poema Trilce apareció en octubre de 1923 en Alfar, n.º 33. Dicho poema es idéntico al de España, revista que no hemos podido ver. Pero se puede deducir que el poema o fue enviado a ambas publicaciones, o una la tomó de la otra. Sobre Trilce o Hay un lugar que yo me sé, se ha escrito poco, pero para Larrea es un poema de producción posterior al libro del mismo nombre.

² El relato «Los caynas», aunque aparece en Alfar, n.º 39, de abril de 1924, como fechado en París el mismo año, es anterior y se halla incluido en Escalas melografiadas que publicó en Lima en 1923, poco antes de abandonar el Perú.

³ Epistolario general de César Vallejo, edición a cargo de José Manuel Castañón, Edit. Pretextos, Valencia, 1982.

publicación del poema antes mencionado. Tal vez el paso de cuatro años y los graves días de que se componía su vida parisina, le hicieron olvidar ese envío a la revista *España*.

Posteriormente, sí se hallarán otros trabajos del poeta de Santiago de Chuco, y, a partir de 1930, se comenzarán a encontrar críticas a sus libros publicados en España, y noticias sobre su presencia en Madrid.

La crítica de Astrana Marín que señalábamos, y que apareció el 20 de septiembre de 1925 —un mes antes de esa primera visita a que aludimos— tiene una ferocidad ilimitada contra el poeta y un compañero de aventura literaria, Alcides Spelucín, que no estaba en Europa sino en el Perú. Pero por la forma como el crítico enfoca ambas obras, se tiene la sensación de que ambos vates se hallan en tierra española. Lo que no se ha aclarado es la forma como *Los heraldos negros* de Vallejo (que es el libro criticado) y *El libro de la nave dorada* que firma Spelucín, llegaron a manos de Astrana. Tal vez fue el propio Vallejo quien los envió desde París. O quién sabe si fue Spelucín quien los hizo llegar desde su Trujillo natal. Sorprende que Vallejo no mandara una publicación más reciente, puesto que *Los heraldos ...* es de 1918. Y *Trilce* había sido publicado en 1922, a escasas semanas de la marcha del poeta hacia Europa. No creemos tampoco que existiera predilección por parte de su autor, de un libro sobre el otro.

Los lectores de esta crudelísima crítica, no la única que en ese tono sufrió Vallejo en vida⁴ debieron haberse divertido mucho leyéndola, y haber pensado que se trataba de enjuiciar a dos jovencitos peruanos ilusos, inexpertos y desproporcionadamente osados. La crítica contiene párrafos lapidarios: «Otro no menos ilustre que se firma tal César A. Vallejo llega también de tierras americanas en volumen que intitula: *Los heraldos negros*. Ese César ha creído que venir a España, ver y vencer sería todo uno».

«Veamos qué son los heraldos negros. No debe ser grano de anís. Pero el cantor no lo sabe con certeza. Quizá lo vislumbra en tehoría,⁵ como su compañero el de Trujillo. En la práctica escribe que hay golpes en la vida tan fuertes

...como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma...

Y que son pocos. Y que... Pero el poeta sigue ignorando y exclama a cada momento: "Yo no sé" "Yo no sé". Y si él no lo sabe, que los escribe ¿quién va a saberlo?»

Esto es sólo una muestra de la befa crítica que se le dedica a Vallejo, utilizando los versos del poema que dan nombre al libro. Todavía es más virulento el examen cuando llega a: «Esos golpes sangrientos son las crepitaciones / de algún pan que en la puerta del horno se nos quema». Es entonces cuando el crítico exclama despreciativo: «¿Lo sospechaba nadie? Un poeta metido a panadero, a quien se le quema el pan en la puerta del horno no se ve todos los días» (...) «¡Muy bien! La cuestión es ser original, huir de tópicos y frases de segunda mano». (...) «El verdadero pan lo trae en las alforjas don César Vallejo. Eso es meterse en harina: eso es pan tostado, puesto que se quema en

⁴ Luis Astrana Marín *El Imparcial*, bajo el título de «Los nuevos vates de allá», 20-IX-1925.

⁵ En la misma crítica y refiriéndose al libro de Spelucín, se burla de que este poeta escribe «tehoría», y utiliza este capricho poético en párrafos dedicados a Vallejo.

la puerta del horno. Lo otro son tortas y pan pintado o cuanto más pan de gluten». La burla descomunal continúa por largos párrafos más, y aunque son sólo dos o tres los poemas que comenta, se tiene la sensación de que todo el libro está galvanizado por esa especie de bobería exhibicionista que para el crítico luce el poeta.

Vallejo no desconocía esas envenadas líneas que le habían dedicado en *El Imparcial*, y su respuesta, a través de un artículo que publicó en *Mundial*, revista limeña, no mostraba ni al resignado, ni al ofendido. Unos brevísimos párrafos así lo demuestran: «El ilustre crítico español a quien, dicho sea de paso, no tengo el honor de conocer» (...) «Ya desde algunos años, Astrana Marín saludaba la presencia de Vicente Huidobro en Madrid, en tono parecido» (...) «Al revés de lo que cree el señor Astrana Marín, yo no he puesto aún pie en la Villa y Corte. De España apenas he conocido hasta ahora la verde y horaciana Santander».⁶ En efecto había conocido la ciudad cántabra como parte de su viaje entre el Perú y Francia, dos años antes. Aunque no ha quedado muy claro, parece que Vallejo y Julio Gálvez, su compañero de travesía, desembarcaron en Santander y se dirigieron a París por tren.

Todos los biógrafos de Vallejo coinciden en que su primera visita a Madrid se produjo en octubre de 1925. Y que el motivo no era en absoluto turístico, nada más alejado de la realidad, dada la apremiante realidad económica que vivía el poeta en París. Juan Larrea, uno de los grandes amigos de Vallejo, sostiene: «En octubre primero, y luego al mes siguiente, viaja a Madrid para matricularse en la universidad y oficializar el uso de su beca, regresando a París, ciudad de la que no quiere desprenderse».⁷ Georgette, la viuda del poeta, abunda en lo mismo: «En octubre, su amigo Pablo Abril de Vivero, le obtiene una beca en Madrid (unas trescientas pesetas mensuales) y viaja por primera vez a España».⁸ Desde un año antes, Vallejo perseguía la consecución de esta beca, y había escrito muchísimas veces a su amigo Pablo Abril de Vivero, diplomático y poeta peruano, que residía en Madrid. La primera carta que se conoce con esta petición está fechada en París el 4 de agosto de 1924. Y en ella le dice al diplomático peruano: «Acabo de saber que una de las becas para estudiantes peruanos en España, que mantiene el gobierno chapetón, ha quedado vacante, por haber terminado sus estudios en Barcelona el joven que la disfrutaba que, me parece apellida Castillo. Le ruego ver si es posible que esa beca me la concedan a mí, para terminar mis estudios de Jurisprudencia en Madrid».⁹

A partir de esa fecha son sucesivos los ruegos para que se aceleren las gestiones que sólo rinden frutos en 1925. Hay grandes depresiones de ánimo al ver que el tiempo

⁶ Publicado en *Mundial*, revista limeña, el 1 de enero de 1926, aunque escrito en Francia el año anterior. Años más tarde, el 23-V-1927, los jóvenes poetas del 27 jugaron una broma a Astrana Marín, que Vallejo —de conocer el episodio— podría sentirse vengado. Rafael Alberti, en su *La arboleda perdida*, p. 250, edit. Seix Barral, Barcelona, 1975, relata: «El señor Astrana Marín, crítico que diariamente atacaba a don Luis (Góngora), descargando el peso de toda su furia contra nosotros, recibió su merecido, mandándole a su casa, en la mañana de la fecha, una hermosa corona de alfalfa entretrejida de cuatro herraduras, acompañada, por si era poco, con una décima de Dámaso Alonso».

⁷ Juan Larrea, *Poesía Completa*, Barral Editores, Barcelona, 1978.

⁸ Georgette de Vallejo, «Apuntes biográficos sobre César Vallejo», en el volumen 3 de César Vallejo, *Obras Completas*, edit. Laia, Barcelona, 1977.

⁹ Epistolario General, carta núm. 29, p. 55.

transcurre y no se logra nada, hasta el alborozo que le causa la obtención de su objetivo, que se puede comprobar en carta del 16 de marzo de 1925, dirigida también a Abril de Vivero: «Ya podrá usted imaginar mi contento por la concesión de la beca para España. A usted se la debo, Pablo generoso». Y más adelante comenta: «Aguardo sus noticias, pues tal vez sea necesario que yo vaya a Madrid, a hacer acto de presencia por unos días en la Universidad».¹⁰ Ignora en esos momentos, todas las dificultades que le acarrearán la cobranza de esa beca. Solamente este hecho en la vida del poeta, es motivo de larga historia suficiente para revelar sus ilimitadas e inacabables angustias. Las cartas y los testimonios de quienes lo conocieron son comprobaciones de esa dura vida que le tocó en suerte, y que le fue royendo el alma poco a poco.

Solamente comenzó a percibir el importe de la beca (333 pesetas) a partir de septiembre de 1925. Pero no siempre pudo desplazarse de París a Madrid para cobrarla. En muchas ocasiones utilizó a amigos como Juan Larrea, Domingo Córdoba o el mismo Pablo Abril, para que hicieran efectiva la cobranza. En otras ocasiones consiguió que se acumularan dos meses, y poder cobrarlos juntos haciendo un solo viaje. En algo aliviaba este dinero la mísera vida del poeta, que trabajaba por escasos estipendios para *Le Grand Journaux Ibero Américains*. Que escribía artículos para *Mundial* de Lima, que pagaba tarde, mal y nunca, sobre todo esto último, y que muchas veces no tenía durante semanas para hacer escasamente una frugal comida al día. Las penurias para reunir el dinero con el que poder pagar el tren entre París y España, tendrían cabida en el horrible libro dedicado a indigentes. Vallejo era rotundamente pobre. Y aunque se ha dicho que quiso rechazar la beca que se le otorgaba, esa tesis queda descartada. No estaba en condiciones de despreciar dinero. Sus quince años de residencia en Europa fueron durísimos, a pesar de sus tres desplazamientos a la Unión Soviética.

Tanto por esa problemática del tener que desplazarse de un país a otro, como por los obstáculos que encuentra para cobrar la beca, debido a que no asiste a clases y tampoco aprueba el curso, opta por abandonar lo que había solicitado con tanto ahínco. Han transcurrido, no obstante, dos años. De pronto, en medio de su brutal depresión, se descubre usurpador de algo que no le pertenece. Aun cuando no sabe cómo va a cubrir ese ingreso económico que desaparece, le dice a su gran amigo Abril de Vivero, que ha decidido abandonar la beca. Le escribe con fecha 24 de julio de 1927 diciéndole: «En cuanto a la beca, yo no sé francamente qué hacer. Xavier le habrá referido las dificultades que día a día nos ponen. Más bien estoy por decidirme a dejarla, salga lo que salga. Para un joven de 20 a 25 años está ella muy bien, pero para mí está ya muy vencida para seguir royendo una tan diminuta migaja».¹¹

Dos meses más tarde, el 3 de septiembre de 1927, tras exponerle a su amigo el drama que está viviendo, contarle que le gustaría dejar París por Nueva York, y algún proyecto literario, le dice: «Tengo 34 años y me avergüenza vivir todavía becado. Pero si la beca alcanzase "nourrir mon homme", por lo menos». Vallejo, desesperado por el hambre y la oscuridad de su futuro, no dejaba de reflexionar acerca de la ética que corresponde a toda persona, viva la circunstancia que viviere. El había escrito diez años antes en Truji-

¹⁰ Ob. cit., carta núm. 42, p. 69.

¹¹ Ob. cit., carta núm. 106, p. 146.



llo: «Yo vine a darme lo que acaso estuvo / asignado para otro; / Y pienso que, si no hubiera nacido, / otro pobre tomara este café! / Yo soy un mal ladrón... A dónde iré!». ¹²

Pero entre penurias, viajes relámpagos entre París y Madrid, proyectos que no cristalizaban y días largos sin pan, el poeta peruano fue conociendo gente en España. Primero fue Larrea, su gran amigo vasco, al que conoció en 1924 en París, y quien le resultó un buen introductor en el mundo literario español, en especial, para los hombres de la generación de Vallejo. Pero otros escritores como Manuel Bueno, o pintores como Gris, fueron sus amigos en Francia. Y en esas estancias de dos y tres días, que hizo en Madrid cada dos meses y a lo largo de dos cursos académicos, se nutrió de conocidos. Guillermo de Torre, Gerardo Diego, José Bergamín, García Lorca, son algunos de los muchos que frecuenta. También, y esto en muy raras ocasiones, desde Madrid hace algún tímido desplazamiento hacia Toledo, Aranjuez o El Escorial. Y tiene grandes deseos de visitar Andalucía o de recorrer mucho más y mejor Castilla. Cosa que hará años más tarde.

II

El Vallejo que escribe *Trilce*, es un ser espiritualmente libérrimo. Que está sufriendo lo indecible en la cárcel de Trujillo, al norte del Perú. Donde ha sido recluido injustamente por un delito que él no cometió. Que se le adjudicó por turbias maniobras políticas. Además, entre 1919 y 1922, años en los que trabaja en los LXXVII poemas de que consta ese libro, le ocurren desgracias de tal intensidad que bien puede variar la perspectiva de su vida. La muerte de su madre, es una de ellas. La pérdida de su trabajo docente, en Lima, otra. Algunos desastres sentimentales. Y, por supuesto, la huella de la cárcel que jamás se apartará de su memoria, y que fue motivo importante en su decisión de abandonar el Perú. Sumemos a todo eso, su franciscana pobreza llevada con dignidad desde la niñez. Pero, al margen de la tragedia particular del poeta, que está conmocionado de tristeza, tristeza que se refleja en el poemario, son otros los elementos que también influyen en su pensamiento y en su sensibilidad.

La I Guerra Mundial afectó a todo el universo. La literatura, como siempre, ante un acontecimiento de esta magnitud, recibió los impactos. Otra poesía y otra narrativa comenzaban a surgir. Hasta las costas peruanas ya había cesado de llegar el verso modernista, y la invasión de los ismos era abrumadora. Vallejo absorbe dolor y nuevas técnicas. Su espíritu se empapa de tragedia y escribe bajo esa conmoción. Su inteligencia capta las nuevas formas, y aunque no las sigue religiosamente, algo de ellas le interesa y practica. Pero es fundamentalmente un espíritu libre. Un ser que se da a la humanidad, pero que lucha por conservar su impronta muy personal. Y *Trilce*, refleja esa actitud. como señala el profesor Luis Monguió: «...es indudable que su literatura es esencialmente autobiográfica, en el sentido de autobiografía espiritual...» ¹³ Hace esta referencia, precisamente, con respecto al segundo libro de poemas de Vallejo.

¹² «El pan nuestro», dedicado a Alejandro Gamboa. Formando parte de «Truenos», uno de los apartados de *Los heraldos negros*.

¹³ Luis Monguió, César Vallejo. Vida y obra, *Edit. Perú Nuevo*, 1956.

Aunque el poeta peruano no volvió a Madrid desde el verano de 1927, y se mantuvo en París, con los mismos problemas de salud y dinero, que se le conociesen en años anteriores, en España se habló de él. Fue motivo de preocupación para unos hombres jóvenes, en especial: Juan Larrea, José Bergamín y Gerardo Diego. Y de esas conversaciones surgió el motivo para que Vallejo volviese a visitar Madrid. Fue la reedición de su *Trilce*, que había encantado a Diego y Bergamín y, por supuesto, a Larrea que fue quien proporcionó esta lectura a los otros dos poetas. El mismo Larrea cuenta: «En septiembre de 1929, cuando a punto de emprender viaje al Perú fui de Francia a España para despedirme de los míos, llevé conmigo dos libros de poemas de Vallejo, *Los heraldos negros* y *Trilce*. Lo hacía así animado por la esperanza de que se pudiera intentar algo allí favorable para César en este orden poético de valores. Veía a mi amigo más y más entregado a su reciente pasión por las cuestiones sociales y me parecía conveniente venir en su ayuda atrayendo su interés hacia el otro aspecto en mi sentir más importante de su personalidad, descuidado por completo. Su inactividad ya crónica no era lo peor. Más grave me parecía su creciente falta de interés hacia las realidades de esa naturaleza profunda. De no encontrar algún medio que contribuyera a enderezarlo, se corría el peligro de que la Poesía lo perdiera para siempre».¹⁴

Esos dos libros que menciona Larrea, van a dar primero a manos de Gerardo Diego, quien luego los hace llegar a Bergamín. Es éste el que tiene más contactos editoriales, y quien se interesa por reeditar *Trilce*. Larrea sigue relatando: «Bergamín me hizo saber que siempre que el interesado estuviera conforme, él y Gerardo, podrían casi seguramente conseguir que en Madrid se hiciese una segunda edición de *Trilce*. —¿Remunerada? —Remunerada».¹⁵ Las apreciaciones de Larrea sobre el camino político que toma Vallejo, y sus descuidos poéticos, serían motivo, más adelante, de polémicos artículos entre él y Georgette.

Cuando Larrea trataba con sus dos amigos la posibilidad de ayudar a Vallejo publicando uno de sus poemarios, el poeta peruano ya había visitado la Unión Soviética en dos oportunidades, y reunido gran cantidad de apuntes que se fueron convirtiendo en artículos y pocos años más tarde, en libro. El primer viaje lo realizó solo. Haciendo el recorrido en tren directamente de París a Moscú. Y más que movido por ideas políticas, ganado por la necesidad de hallar un suelo que le proporcionase una vida mejor. Pero no estuvo ni un mes en la capital rusa. Antes de salir se despidió por carta de varios de sus amigos. A Pablo Abril le confiaba: «En medio de mi convalecencia, me siento otra vez, y acaso más que nunca, atormentado por el problema de mi porvenir. Y es, precisamente, movido del deseo de resolverlo, que emprendo este viaje. Me doy cuenta de que mi rol en la vida no es éste ni aquél y que aún no he hallado mi camino. Quiero, pues, hallarlo. Quizás en Rusia lo halle, ya que en este otro lado del mundo

¹⁴ En el artículo «La edición madrileña de *Trilce*». En el prólogo de esta edición madrileña, José Bergamín sostenía: «... una de las cualidades esenciales de la poesía de César Vallejo: su arraigo idiomático castellano. [...] Vallejo tuvo un logro profético, adelantándose con ingenua espontaneidad verbal de poesía recién nacida; y adelantándose tanto, que hoy mismo nos sería difícil encontrarle superación entre nosotros; en su autenticidad y en sus consecuencias».

¹⁵ *Ibíd.*

donde hoy vivo, las cosas se mueven por resortes más o menos semejantes a las enmohecidas tuercas de América». ¹⁶

Diez días más tarde, el 29 de octubre de 1928, le escribía al propio Abril de Vivero, desde Moscú, manifestándole agrado por lo que había conocido y amargura por no poder quedarse en esa ciudad: «No creo que podré quedarme en Moscú. Lo del idioma es terrible». (...) «Lo del Soviet es una cosa formidable. Más todavía: milagrosa». ¹⁷ Su nuevo viaje a la Unión Soviética un año más tarde fue mucho más prolongado, sin ánimo de quedarse, y sí con el deseo de conocer mundo. Además, lo acompañaba Georgette. Tuvo oportunidad de visitar, aparte de Rusia, Checoslovaquia, Alemania, Austria, Hungría, Italia y el sur de Francia, que no conocía.

Esos dos viajes lo habían enriquecido culturalmente, pero en nada habían conseguido mitigar su penuria económica. Por ese hombre ansioso de saber, necesitado de ofrecerse a la humanidad, y denodado luchador de un espíritu rotundamente libre, se interesaba Larrea en Madrid. No comprendía plenamente a su amigo, y temía saberlo apartado para siempre de la poesía. Pero se equivocaba, Vallejo era poeta escribiendo o sin escribir. Su amargo dolor que su ternura traducía en verso más próximo al amor que a la ira, no iba a cesar jamás. El poeta estaba plenamente asegurado.

Enterado Vallejo de las altas posibilidades de que se publicara *Trilce* en Madrid, le escribe a Diego, con fecha 16 de diciembre de 1929, agradeciéndole cuanto haga por esa reedición, y pidiéndole que haga llegar sus gracias a Bergamín. Pero solamente medio año más tarde, Diego le anuncia a Larrea, quien se halla en Perú, que el libro está por salir, y le da, también, noticia de la presencia de Vallejo en Madrid: «Vallejo se me presentó en el hotel de Madrid inopinadamente. Le presenté a Bergamín e hicieron las grandes migas. Pasó un mes en España, entre Madrid y Salamanca, con su mujer. *Trilce* creo que está en prensa, *Editorial Plutarco*. Supongo que habrá cobrado ya las 1.500 pesetas, todos sus derechos por la edición porque ésas eran las condiciones. Lleva un prólogo de Bergamín y un poema mío». ¹⁸

Vallejo había llegado a Madrid, procedente de París, y acompañado de Georgette, en abril de 1930. Y tras unos días en esa ciudad ambos se dirigieron a Salamanca. Y sólo a la vuelta, visitaron a Diego en su hotel. Justifica la presencia del poeta en España su epistolario y, en especial, una carta que le envía a Pablo Abril desde Salamanca, con fecha 24 de abril de 1930. No obstante Georgette, con respecto a este viaje anota: «En mayo viaja a España, con ocasión de la reedición de *Trilce*» y más adelante señala: «En Madrid, Vallejo conoce a Corpus Barga, Marichalar, Alberti, Pedro Salinas, entre otros. Viaja a Salamanca donde conoce a Miguel Unamuno. Visita Burgos, León, Toledo. Pasa una semana en San Sebastián y regresa a París en los primeros días de junio». ¹⁹

Larrea, en sus apuntes biográficos sobre Vallejo, también señala el mes de mayo para la llegada del poeta a España. Sin embargo el correo vallejiano aclara que la visita fue

¹⁶ Ob. cit., carta núm. 139, p. 185.

¹⁷ Ob. cit., carta núm. 142, p. 187.

¹⁸ Ob. cit., carta núm. 172, p. 209.

¹⁹ Ob. cit., carta núm. 186, p. 222.

a partir de abril. No eran épocas de bonanza económica, porque nunca las tuvo, pero debía aún quedar algún mínimo reducto de la herencia que recibió Georgette a la muerte de su madre. Eso permitió que se desplazaran a España —ya lo habían hecho a la Unión Soviética, con paseo por otras ciudades europeas— y visitaran los puntos que indica la esposa del poeta.

También en ese año 1930, comenzó a publicarse la revista *Bolívar*, en Madrid. Teniendo como director a Pablo Abril de Vivero, y como jefe de redacción, al escritor valenciano, Juan José Pérez Doménech, que había estado exiliado en el Perú, durante los años de la dictadura de Primo de Rivera. Por supuesto, César Vallejo se hallaba entre los asiduos colaboradores, y fue en las páginas de *Bolívar*, donde comenzó a publicar su gran reportaje sobre la Unión Soviética, que un año más tarde daría lugar al libro *Rusia en 1931*.

Trilce, si nos atenemos a lo manifestado por Juan Larrea, apareció el 9 de julio de 1930. Como había quedado convenido, con prólogo de Bergamín y un poema de Gerardo Diego. Vallejo recibe su libro, posiblemente, en agosto, y le escribe lleno de gratitud a Diego, en septiembre. Mientras que antes le ha comunicado de su estancia en Madrid y Salamanca, mas no de los desplazamientos a León y Toledo, que menciona Georgette. Lo interesante de la carta reside en las razones por las que dejó Salamanca, ciudad a la que se supone fue atraído por la presencia de Unamuno. En esa carta fechada el 26 de mayo, le dice: «Hace una semana que volví de Madrid. Salamanca no nos fue grato, a causa del frío y, más bien, hemos tenido que pasar todo el tiempo en Madrid, donde siempre hemos recordado a usted con Bergamín y los demás amigos». ²⁰ De modo que la presencia en Madrid de los esposos Vallejo, bien pudo haber durado alrededor de tres semanas.

Trilce, no sólo sirvió para que se leyera a Vallejo en España, ni para que el poeta recibiera la cantidad de 1.500 pesetas. Evidentemente, la publicación de este libro le permitió mayores y mejores relaciones con el medio literario. Y la crítica tuvo la oportunidad de borrar los errores cometidos años antes por Astrana Marín. El libro aparece en pleno verano. Y solamente pasados julio y agosto se comienza a publicar algo sobre *Trilce* y su autor. Por otro lado, *Bolívar* sigue saliendo, y a la serie de artículos sobre Rusia, Vallejo agrega algunas críticas literarias. Algunos artículos sobre escritores soviéticos, y sus visiones generales de la vida. Es ya en ese 1930, un hombre —y sobre todo un nombre— familiar en las páginas literarias de la prensa madrileña.

La vida de Vallejo en París, desde su vuelta de la visita a España, hasta casi los últimos días del año 1930, transcurre sin grandes cambios. Ya son una constante la pobreza y la salud. Es algo inherente a la vida del poeta, y que ningún biógrafo deja de señalar. Solamente en el último mes ocurre el hecho que será un verdadero remezón en su vida, y que le hará cambiar de residencia por un año. En ese semestre que, tal vez, se podría llamar apacible, que va de junio a diciembre, Vallejo trabaja febrilmente en su prosa, y comienza a producir obras de teatro que nunca verá escenificadas ni publicadas. Le inspiran, sobre todo, las huelgas obreras francesas, y su conocimiento de la Unión Soviética. La pieza *Lock out*, está escrita en francés. Y el drama dedicado a la

²⁰ Ob. cit., carta núm. 189, p. 224.

URSS se tituló originalmente, *Moscú contra Moscú*, y terminó llamándose *Entre las dos orillas corre el río*.

Pablo Abril, tan interesado por la vida de Vallejo, y tan dispuesto a proporcionarle ayuda, publicó en noviembre de 1930, el prólogo de Bergamín a *Trilce*, en la revista *Bolívar*. En los diarios madrileños *La Voz* y *Estampa*, aparecieron comentarios a este poemario, que aunque no obtuvo una enorme y gran crítica, le permitió un buen concepto de parte del ambiente literario español. Los miembros de la generación del 27, hombres que a la sazón acababan de trasponer la treintena, le tenían gran aprecio, y muchos de ellos lo han recordado en crónicas y memorias. Y todos trataron de serle útiles, en los momentos difíciles del poeta, cuando un año más tarde vivió en Madrid. Otro de los amigos de Vallejo, fue Leopoldo Panero, por entonces muy joven, pero ya excelente poeta. Y a través de él, el peruano pudo conocer escritores de la provincia de León o de otras ciudades de provincia de España.

Pero por esos años, nada en verso se conoce de Vallejo. Cuando Bergamín y Diego, decidieron gestionar la reedición de *Trilce*, antes habían preguntado a Larrea si este poeta tenía nueva producción, pensando en que de tenerla eso sería lo que editarían, y optarían por la reedición, al saber que no había nada nuevo en su obra poética. Pero en realidad sí lo había. Vallejo era, tal vez, pródigo en cuanto a su prosa, especialmente, en lo tocante a artículos, y más que nada, debido a sus necesidades económicas, y a la esperanza de lograr ingresos a través de colaboraciones. Pero se mostraba «avaro» con respecto a su poesía. Salvo excepciones, y el muy conocido *España, aparta de mí este cáliz*, nada en verso se publicó durante sus quince años de residencia en Europa.

Es también interesante hacer notar, que aunque demuestra siempre un gran amor por España, nunca piensa en abandonar París por Madrid. Y que tampoco escribe sobre ciudades españolas que le hayan impresionado.²¹ Solamente en 1937 su poesía se tiñe de emocionado hispanismo, y todo su pensamiento está volcado sobre la España en la que él cree. En París, son muchos más los amigos españoles o latinoamericanos, que los franceses o europeos de otras lenguas. Pero sigue cobijado en la capital francesa, donde sabe que le va a encontrar la muerte, y ahí la espera.

III

Querer ser una individualidad pura y perfectamente delimitada es algo que la vida impide o castiga muy duramente. Vallejo era la síntesis de un amor descomunal y un ansia por conservar su más auténtica esencia. Como mestizo era profundamente sensible, todo llegaba directamente a su espíritu delicado que no conocía caparazones. Le dolía tristemente su situación. Veía borrascoso su futuro. No deseaba, por esa razón, tener descendencia.²² A veces le molestaban las ciudades que conocía. Madrid, era una

²¹ Salvo el artículo «El secreto de Toledo», publicado en la revista limeña *Mundial*, con fecha 25-VI-1926, y en el que cuenta sus impresiones sobre la ciudad castellana en su primera visita. También en otros artículos hace muy ligeras referencias a Santander.

²² Juan Larrea dice en los «Datos y esclarecimientos biográficos» incluidos en *Poesía Completa de César Vallejo*, con referencia a esta actitud: «Georgette viene sufriendo repentinamente de su propensión al embarazo, operación de vida que la pareja no admite que llegue a término».

de ellas. Sin embargo, volvía con frecuencia a ella. Primero fueron la beca y la publicación de su *Trilce*. Más tarde, cuando las autoridades francesas le pidieron que abandonara Francia, miró inmediatamente hacia España y de España eligió la capital. En muchos momentos de su vida se le verá en actitudes similares. Carácter terriblemente apasionado, que le hace proferir denuestos, para luego olvidarlos y amar lo denostado. En carta que le escribe a Larrea desde Madrid, precisamente, con fecha 29 de enero de 1932, le dice: «Madrid es insoportable para vivir aquí. De paso, pasa y hasta es encantador. Pero para hacer algo y para vivir, no se vive ni se hace nada. Tú lo sabes mejor que yo.» y en párrafos posteriores: «Aquí en Madrid, hay sólo pocas cosas que me gustan: el sol, que es infalible, como el Papa; el arroz a la valenciana que, dicho sea de paso, lo están haciendo ahora muy mal; las famosas angulas que tú me hiciste conocer hace tantos años; los ascensores de las casas y la tranquilidad aldeana en que se vive. Como verás esto es muy poca cosa, al lado de lo que Madrid tiene de aburrido, de vacío y de aldeano precisamente».²³

Esta carta fue escrita después de una residencia de catorce meses en la capital española, y cuando ya vislumbraba que podía retornar a París. Había llegado el 30 de diciembre de 1930, adelantándose a la fecha tope de abandonar Francia, que le había impuesto el gobierno francés, y que se cumplía el 29 de enero de 1931. Las versiones de Larrea y de Georgette, los más enterados de las razones de la expulsión, discrepan en algunos puntos. Y esto también fue motivo, en el momento de su publicación (muchos años después de la muerte del poeta) de áspera polémica entre uno y otro. Larrea apunta: «A primero de diciembre, yendo en París un grupo de peruanos a despedir a otro grupo de connacionales que regresaba de asistir en Moscú a un congreso sindical, Vallejo con cuatro amigos, Bazán, Velázquez, Seoane, Tello, son detenidos por la policía al salir de la estación. Como consecuencia, el poeta y los dos primeros son expulsados del territorio francés, no así los otros dos por su condición de estudiantes».²⁴ Georgette anota: «Dos viajes a la Unión Soviética, reuniones y entrevistas sospechosas, lector asiduo del diario *L'Humanité* y de su librería, han señalado a Vallejo a la policía, desde tiempo ya, como "indeseable". En diciembre Vallejo es expulsado del territorio francés (Decreto del 2-12-30). Se le concede plazo hasta el 29 de enero de 1931 para salir de Francia. *Por viajar con sus propios medios* (aquellos tiempos y el mismo Tardieu de ultraderecha, tenían sus ventajas) es *en calidad de hombre libre*, cuyo nombre no figura en ninguna "lista negra" que Vallejo entrará en España. Sin esperar el 29 de enero, Vallejo sale el 29 de diciembre y llega a Madrid en víspera de Año Nuevo».²⁵

Naturalmente, Georgette no se circunscribe a esa mínima descripción de hechos que determinaron la expulsión del poeta y, por consiguiente, de ella. Y mucho menos, se mantiene indiferente a lo sostenido por Larrea. Le dedica varios párrafos de gran acidez con la intención de desautorizar sus afirmaciones. También, ante lo afirmado por la esposa de Vallejo, queda sin efecto lo sostenido por algunos estudiosos del poeta, en el sentido de que antes de llegar a Madrid, se habrían detenido en Barcelona. El viaje

²³ Ob. cit., carta núm. 211, p. 243.

²⁴ Ob. cit.

²⁵ Ob. cit.

fue directo a Madrid. Por tren. Con salida el día 29 y llegada al día siguiente. A partir de ese 30 de diciembre de 1930 empiezan las preocupaciones de los Vallejo por subsistir en la ciudad madrileña. En París ya habían elaborado una forma de vida. Llena de privaciones y, por lo tanto, modesta, pero podían ir pasando los días. Al salir precipitadamente de París, escasamente atinaron a cerrar el apartamento en que vivían y a traer las más esenciales pertenencias. Ignoraban cuánto tiempo iban a estar fuera. Y la salida con tanta prisa les impidió reunir un «avitallamiento económico suficiente». Los primeros pasos para conseguir trabajos, llevaron a Vallejo a las editoriales conocidas, primero, con la intención de que publiquen su obra, y, luego, con la esperanza de que le proporcionen las tareas necesarias para percibir algunos ingresos.

De un pequeño hotel, pasan a un también pequeño apartamento. Y de las pretensiones de publicar, el poeta debe derivar a convertirse en traductor del francés al castellano. Y ése pasa a ser la base de la economía de esta pareja exiliada. Más adelante Vallejo conseguirá publicar dos libros, y le rechazarán varios más. La novela *El tungsteno* y el reportaje, *Rusia en 1931*, son los dos títulos que se editan, pero no se reflejan pecuniariamente en los bolsillos del autor. La novela no tiene éxito comercial. Más sí el reportaje, pero como se verá más adelante, la editorial Cenit no cumple con liquidarle sus derechos como estaba estipulado.

No solamente en las editoriales se esperanzaba Vallejo, también en el teatro, y para ello no contaba con una sola obra sino con dos o tres. Pero si dura fue la peripecia ante los editores, más dura resultó la peregrinación por los teatros. Ni la fraternal colaboración de Federico García Lorca, logró variar el tétrico curso de las cosas. Y el poeta volvió quince meses después a Francia, sin haber podido estrenar sus piezas teatrales. A Gerardo Diego le comunicaba el 24 de enero de 1931: «Mi situación económica es estrecha y, para desenvolverme un poco, hice una pieza de teatro, que la he traído a Madrid. Pero veo que me va a ser difícil representarla, pues estoy aquí ya varias semanas y nada. No he podido ver hasta ahora a ningún director de teatro porque no los conozco y desearía verlos en compañía de algún amigo conocido en el mundo de las letras».²⁶ Estas líneas aunque dolidas no eran desesperanzadas y menos resignadas. Pero en las que manda al mismo casi un año más tarde, ya se percibe el desencanto: «Lorca ha sido muy bueno conmigo y hemos visto á Camila Quiroga, para mi comedia, sin éxito. La encuentra fuera de su estilo. Vamos a ver en otro teatro. Además, Lorca me dice, con mucha razón, que hay que corregir varios pasajes de la comedia, antes de ofrecerla a otro teatro. Yo no sirvo para hacer cosas para el público, está visto. Sólo la necesidad económica me obliga a ello. De otro modo, haría, naturalmente, otra clase de comedias».²⁷ La honestidad de Vallejo con respecto a su trabajo dramático es conmovedora. Aun en Francia, cuando ya pudo volver a ese país, siguió preocupándose por su teatro. Había dejado la obra, posiblemente, con las correcciones que le había recomendado Federico, a éste, para que procurara su estreno, pero todos los esfuerzos del poeta granadino resultaron infructuosos.

Tuvo más suerte con su novela *El tungsteno* y su reportaje *Rusia en 1931*. Creyó que

²⁶ Ob. cit., carta núm. 199, p. 234.

²⁷ Ob. cit., carta núm. 210. Fechada en Madrid el 27 de marzo de 1932, p. 242.

tras estos dos títulos podría publicar otros. Y ofreció su *Paco Yunque* y otros relatos, así como una parte de su nuevo reportaje sobre la Unión Soviética, pero no le fueron aceptados estos ofrecimientos. Llama la atención que en ningún momento hablara de la publicación de nuevos poemas, cuando en realidad los había producido. Tal vez, en baja escala. Mas si en el ambiente propiamente literario, *Trilce* había sido bien recibido, posiblemente, dominaba su decisión de no dar a conocer su poesía hasta estar completamente convencido de su calidad.

Aunque nadie ha precisado cuándo comenzó a escribir la novela publicada en Madrid, es posible que fuera durante los meses de «exilio», aunque la idea y los bocetos los habría comenzado a elaborar en París. Se señala que fue en el apartamento que tenía el matrimonio en la calle Encanto, donde escribió toda la novela. Y es probable que por la estructura lineal que tiene, y por la carga socio-política que le inculca, no le haya demandado un gran desgaste de tiempo. Ya en abril de 1931 aparecían críticas sobre *El tungsteno*, una de ellas realizada por el vallisoletano Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, que escribe para una agencia y sus comentarios aparecen en varias publicaciones provincianas. Poco después aparecerán críticas en *El Sol* y *La Voz*, diario éste en el que Vallejo publicaría algunas narraciones breves en el mismo año.

Con respecto a la novela, el propio Vallejo la calificó de narración más preocupada por la denuncia social, que por la estética literaria. Y en cuanto a *Rusia en 1931*, señalaba que se trataba de un reportaje periodístico. No obstante, la venta fue grande. Para Larrea se hicieron dos ediciones. Otros autores hablan de cuatro ediciones. Y, por supuesto, todos coinciden en que fue considerado como el «best-seller» del mes. Se trataba del primer reportaje que se ofrecía en España de la Unión Soviética, y había sido promocionado hábilmente. De ahí el éxito comercial alcanzado. Vallejo le refiere a Diego su sincera opinión sobre el trabajo: «En estos días salió un libro mío sobre Rusia, que no se lo envío porque no creo que le interese. Es un reportaje social, más periodístico que literario». ²⁸ Pero de esas pingües ventas, el autor debió ver muy poco, ya que el 5 de diciembre de 1932, desde París, le pide a Gerardo Diego: «El otro servicio, es acercarse a la editorial "Ulises" (Olózaga, 15) y decirle al Gerente, quien quiera que fuese, que me hagan el favor de enviarme inmediatamente una liquidación de las ventas de *Rusia en 1931*, así como el saldo que, por concepto de estas ventas haya en mi favor. Dígales usted que les he escrito varias veces y les he teleografiado, reclamándoles este pago y no me contestan nunca. Dígales también que no recibo ni una perra gorda desde abril (9 meses casi) y que en última carta me decían que ellos me tenían un saldo a mi favor». ²⁹

Pero esa larga e incómoda estancia de Madrid, de aproximadamente quince meses, no se compuso exclusivamente de desesperados clamores debido a la escasez de medios económicos. Ni de interminables horas dedicadas a la traducción de los franceses Henri Barbusse y Marcel Aymé. A pesar del gran obstáculo que significaba lo pecuniario, la pareja César-Georgette viajó por Castilla, o para visitar lugares que él no conocía o para volver a ciudades en las que ya había estado. Con respecto a los puntos visitados tam-

²⁸ Ob. cit., carta núm. 201. Fechada en Madrid el 20 de agosto de 1931, p. 236.

²⁹ Ob. cit., carta núm. 216, p. 250.

bién se producen ligeras contradicciones entre biógrafos y estudiosos. Para unos es Salamanca el lugar visitado con intención de conocer a Unamuno —que sí conoce—. Para otros el verdadero viaje importante es hacia León y Astorga, invitado por el entonces joven poeta Leopoldo Panero. También se señala que se desplaza hacia Burgos, Toledo, Aranjuez y San Sebastián. Ya en 1930, cuando fue a Madrid con motivo de la aparición de *Trilce*, visitó algunas de esas ciudades. Pero en 1931, pasó una agradable estancia en Astorga. Los cuatro primeros días sin Georgette quien había quedado en Madrid. Los tres o cuatro restantes, con ella, que vino a darle encuentro.

Respecto a este breve viaje no se ha escrito mucho pero sí hablado bastante. En determinadas ocasiones se ha creído que el poeta ofreció una conferencia o una lectura de sus poemas. Y en criterio de otros, habría tenido reuniones de tipo político. Ya que por aquellos años estaba inscrito en el Partido Comunista Español y formaba parte de la primera célula comunista. Pero todas estas especulaciones quedan eliminadas por los recuerdos del profesor Ricardo Gullón, así como de una de las hermanas del poeta Panero, Asunción. Para Gullón la estancia en Astorga fue tonificante para el espíritu de Vallejo: «Tres o cuatro días vivió el poeta esa paz y esa amistad; se mudó después a la pensión de las hermanas Morla y esperó la llegada de Georgette, su mujer. Vallejo captó en la vieja ciudad vibraciones de su distante Santiago de Chuco, percibió afinidades sin ignorar diferencias».³⁰

El recuerdo que Vallejo dejó en la familia Panero y en las personas que conoció en Astorga fue magnífico. Se le rememora como un hombre de exquisita educación, parco en palabras, y muy dado a la contemplación del paisaje. El motivo del cambio de vivienda se debió exclusivamente a que la habitación que se le había cedido en la casona de la familia oferente, y que llevaba el nombre de «la torre» por estar en lo alto y recostada sobre las antiguas murallas de la ciudad, era individual y no la podía compartir con Georgette. Tal vez, intervinieron algunos prejuicios sociales y Vallejo prefirió no enfrentarlos. La pensión Morla era modesta pero agradable. Y la pareja no fue vista con asiduidad paseando por las calles.

El espíritu de Vallejo se reveló con mayor nitidez durante esa estancia a quienes lo rodeaban. Gullón recuerda: «Sólo cuando le encontré en mi ciudad, viviendo en casa de los Panero, meses después, escuché el son delicioso de su alma en la intimidad. Juan Panero, de quien nadie podía pensar que llevaba la muerte en los talones, le cedió su habitación en la parte delantera de la casa, calle de la Catedral, donde el doblar de las campanas hacía más hondo el silencio.»³¹

Por una serie de datos sueltos, se puede deducir que la amistad con Leopoldo Panero la inició Vallejo en la *Granja de Henar*. Por una parte lo refiere el mismo Gullón: «Sentado a una mesa de la *Granja el Henar*, junto al ventanal de la derecha, podía ser visto desde la calle, delgado, tez ligeramente cobriza, manos delicadas que accionaban sobriamente, tocado con un sombrero de fieltro gris y ancha cinta de seda oscura. Le acompañaba un nutrido grupo de fieles, amigos, correligionarios, no tan pendientes

³⁰ En el artículo «Imagen lejana de César Vallejo», publicado en ABC, 11-V-1985 ofrece una semblanza física y anímica del poeta y rememora la visita a Astorga.

³¹ Art. cit.

de su decir como pudiera suponerse; la turbulencia de la tertulia hispánica alteraba sustancialmente lo que en principio pudo ser y creo que fue un proyecto aleccionador, una especie de miniseminario marxista dirigido por el peruano».³²

Otro testigo de esas reuniones en el lugar indicado, fue el peruano José Macedo; en entrevista realizada por Ernesto More cuenta: «Fue en la *Granja el Henar*, un café situado en la calle Alcalá [...] donde yo trabé amistad con Vallejo. [...] Era un café concurrido por intelectuales y artistas. Esto fue allá por el año 1931 [...] ya se había publicado su famoso libro *Rusia en 1931*. Obra que resultó tan popular en Madrid, que en la Puerta del Sol, en la calle de Alcalá, en la Gran Vía y en las principales arterias y plazas de la capital española, se voceaba como si se tratara de una revista o un diario».³³ Esto viene a confirmar que el poeta peruano se había aposentado en el salón de la mencionada *Granja* y que ahí conversaba tanto de literatura como de política.

Aunque no se hace mención a su producción poética —sus libros son en prosa— y a pesar de los temores manifestados por Larrea, en el sentido de que la poesía dejase de contar con Vallejo, no hay la menor duda de que continuó cultivándola, aunque no tenía ninguna disposición para mostrarla y, mucho menos, publicarla. Salvo *España, aparta de mí este cáliz* que brota como un chorro de sangre luminosa y en un momento de gran pasión vallejana, el resto de su poesía permanece cautiva en sus ordenadas carpetas, a las que sólo tenía acceso su mujer. Es por eso que Georgette siempre sostuvo, verbalmente y por escrito, que jamás dejó de escribir poesía. Y esto se afirma a la comprobación de las épocas a que pertenecen sus poemas conocidos, inicialmente, como *Poemas Humanos*. Georgette, separó ese conjunto en dos. El primero perteneciente a los años 1923-1929, y a los que tituló *Poemas en Prosa*, y mantuvo el de *Poemas Humanos* para el segundo conjunto, que fecha entre 1931 y 1937.³⁴ Mientras que Larrea, el otro gran preocupado por la poesía vallejana, también divide el conjunto poético escrito en Europa, sin tomar en cuenta *España, aparta de mí este cáliz*. La primera parte la denomina: *Nómina de huesos*, fechándola entre 1923 y 36, aunque dando a entender que entre el 1924 y 1934, no hubo producción, o sea todo lo contrario de lo sostenido por Georgette. La segunda parte de esos poemas la titula: *Sermón de la barbarie*, y los data entre octubre del 36 y diciembre de 1937. El motivo para que Larrea denomine *Nómina de huesos* la primera parte, se basa en que el primero de los poemas que conforma este conjunto, lleva ese título.³⁵

IV

No ha sido 1932 el último año en que Vallejo viva o visite Madrid. Volverá en plena guerra, en pleno verano de 1937. Será una estancia brevísima dadas las circunstancias

³² Art. cit.

³³ Ernesto More, Vallejo, en la encrucijada del drama peruano, Lima, 1968. Contiene entrevistas realizadas por el autor —amigo de Vallejo— con escritores, artistas y estudiantes que tuvieron amistad con nuestro poeta en París y Madrid.

³⁴ Obra poética completa, Francisco Moncloa Editores, Lima, 1968.

³⁵ Poesía completa, ob. cit.

que se viven. Se le ha atribuido, también, otra visita durante la guerra, en el mes de diciembre de 1936. Pero ha quedado comprobado que solamente estuvo en Barcelona y Valencia, y que no tuvo posibilidades de llegarse a la capital. En cambio su nombre y su obra sí llegaron a Madrid y a toda España. Colaborador asiduo de *El mono azul*, que dirigía Rafael Alberti, sus estimulantes artículos se leían en las trincheras republicanas. En 1938 se conocerían los poemas que forman *España, aparta de mí este cáliz*, pero la edición preparada por milicianos, caería en poder de las tropas franquistas y sería destruida.³⁶

Del huraño joven que llegaba a Madrid a cobrar las 333 pesetas de su beca, al terriblemente emocionado defensor de la República durante los años 1936-1938, y que la ciudad madrileña vio en julio del 37, hay una especial diferencia. El pesar que siempre le causó la pobreza se ha convertido en ira. El poeta está desesperado en Madrid, queriendo ser útil de alguna manera. Por eso en diciembre de 1936 llega hasta Valencia, donde se halla el gobierno republicano, con una misión: conocer la realidad de la República, y poder hablar de ella en Francia. Y por eso, un año más tarde, en julio de 1937, juntamente con varias docenas de escritores que repudian el fascismo, participa en el Congreso de escritores en pro de la libertad, que se inicia en París, y continúa, hasta su clausura, en Valencia.

También se podrán hallar diferencias entre los poemas que escribió en los años veinte, y los que forman *España, aparta de mí este cáliz*, que pertenecen a 1937. En esta última producción el espíritu de Vallejo es una amalgama de angustia y rabia. Ha olvidado el drama personal. Ha dejado en un segundo plano su valoración de la vida y el hombre, para mirar de frente, rotundamente, el problema español. Todo lo demás parece desvanecerse ante lo que está sucediendo en esa tierra por la que él siente tanto amor. Sabe, perfectamente, que no sólo está amenazada España, que es el mundo el que puede caer. Está vislumbrando la gran tragedia. Por eso eleva su voz. Dice sus versos. Confiesa su verdad. Y no abandona, para ello, esa tendencia religiosa que siempre estuvo entreverada en su poesía. El título del libro ya lo está mostrando.

Los dos últimos poemas o sea el que da título al volumen y el número XV, son voces alarmantes, conmovidas por la situación de un país. De un pueblo. Hay rabia. El poeta echa espuma, pero su ternura no lo ha abandonado. Todo su amor y toda su pasión

³⁶ Larrea relata al respecto, en Poesía Completa: «Desde septiembre de 1938 se intenta publicar en la península el texto de *España, aparta de mí este cáliz*. Se halla totalmente impreso por los soldados del frente aragonés, a punto de encuadernarse, cuando sobreviene la ofensiva que desbarata dicho frente, sin que pudiera salvarse ni un ejemplar». Muchos han sido los autores que han mencionado lo mismo, desconociendo que sí se habían salvado algunos ejemplares, que la suerte del poeta y su último poemario no había sido tan tétrica como para que escasamente quedara el recuerdo de este libro. Julio Vélez y Antonio Merino, en su *España en César Vallejo* no sólo publican la versión definitiva, sino que también ofrecen facsímil de esa edición, en su mayor parte destruida por las tropas franquistas. Dicen los autores al respecto: «Así pues, nuestros trabajos de localización —aunque se tratase de una sola copia— de la primera edición de *España, aparta de mí este cáliz*, se vieron sensiblemente reducidos al Monasterio de Montserrat, en Barcelona, al que hace meses nos dirigimos, con la esperanza de poder encontrar la anunciada copia del libro. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando en un cuadro anexo al fichero central de la biblioteca de la abadía, pequeño y bastante oscuro, con libros amontonados y aún sin clasificar, el P. Bernabé Dalmau, bibliotecario del Monasterio, nos mostró no una copia sino hasta cuatro ejemplares de la edición príncipe, junto a una primera edición de *España en el corazón*, de Pablo Neruda, y otra de *Cancionero menor para combatientes*, de Emilio Prados».

por el hombre, por el hermano, la ha transferido a la España y al español en quienes cree, y hacia ellos va su plegaria férvida, y su arenga estimulante. Quiere que todo el mundo esté atento a lo que está pasando en España. Que todo el mundo esté preparado para ayudar a España: «Niños del mundo, / si cae España —digo, es un decir— / si cae». El presente el caos, pero no quiere darse por vencido. Piensa que puede ocurrir lo peor, pero jamás abdica de la esperanza. Como en toda su vida y en toda su poesía, por ser hombre tan apasionado, tan emocional, reúne el pesimismo y el optimismo. No puede conseguir que en él prive uno de los dos estados de ánimo. Por eso ha escrito «El placer de sufrir» o «qué cálida es la nieve», aparentemente contradictorio. Su pensamiento es muy claro, no obstante, al escribir, como si las palabras cayeran como piedras desgalgadas, desde vertientes opuestas, su verso o su prosa, se llenan de esos dos polos. Fusiona lo negro y lo blanco. Lo áspero y lo suave. Su alma conturbada, su cuerpo castigado por una vida inclemente, ansían lo calmo, lo tranquilo, la suavidad, pero conocen desde siempre, y mucho mejor que lo otro, lo bronco, lo ácido, y le es imposible separarlos.

Pero su grito no está sólo dirigido a España. Es España la que lo determina, pero es al mundo a quien lanza su voz. Y es, sobre todo, a las siguientes generaciones, a los que tendrán que juzgar y actuar más tarde, a esos «niños del mundo», les preconiza: «¡Cómo vais a dejar de crecer!». Y a España le advierte: «Cuídate, España, de tu propia España!». En el convencimiento de que nada es claro, que la traición acecha continuamente. Que se debe estar alerta sempiternamente.

Sobre la historia de *España, aparta de mí este cáliz*, no nos corresponde en esta oportunidad recorrer los varios episodios que fueron de la terminación de los manuscritos, a la edición del libro. Larrea, Coyné, Neruda, Georgette, varios más, se han referido en su momento a ello. Y recientemente, se ha tenido la mayor aclaración en el libro de Antonio Merino y Julio Vélez: *España en César Vallejo* y en los artículos que a consecuencia de este libro se han publicado posteriormente. Tampoco nos corresponde en esta oportunidad, referirnos a toda la obra vallejana que quedó inédita a su muerte (15 de abril de 1938), y menos aún, a la debatida razón que causó la muerte del poeta. Fiebres tropicales, hambre, enfermedad venérea, son las causas que más se han esgrimido. Baste recordar los versos iniciales de «La rueda del hambriento»:

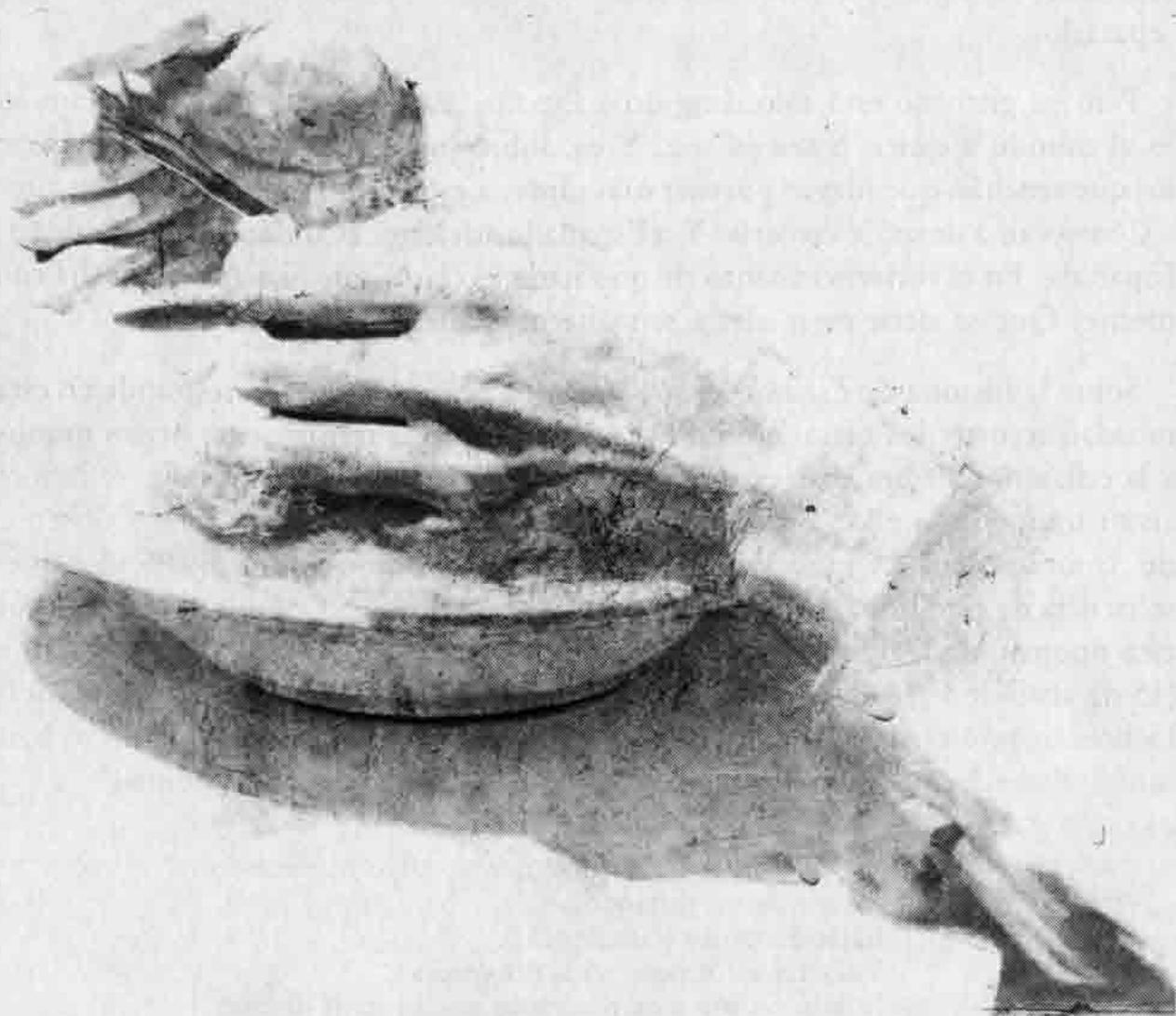
Por entre mis propios dientes salgo humeando,
dando voces, pujando,
bajándome los pantalones...
Váca mi estómago, váca mi yeyuno,
la miseria me saca por entre mis propios dientes,
cogido con un palito por el puño de la camisa.

Muchos otros poemas son reveladores de ese cuadro dramático sin eufemismos que fue la vida del poeta.

Retomando el hilo de la última visita que hizo a Madrid, que se calcula no duró más de veinticuatro horas, y que se produjo una vez clausurado el Congreso de escritores celebrado en Valencia, no se puede dejar de mencionar el reencuentro de Vallejo

con un señero escritor y periodista, que fue quien dio la bienvenida a Madrid a todos los escritores que se habían desplazado desde el Levante, Corpus Barga, a quien había conocido en 1931, y quien no sólo escribiría más de una crónica recordándolo, sino que en las muchas conferencias y lecciones universitarias que ofreció en América Latina, especialmente, en Lima, en 1947, lo recordaría con verdadera emoción.³⁷

Carlos Meneses



Antonio López: *Estudio de manos* (Dibujo, 1971)

³⁷ Llegó a Lima alrededor del mes de octubre de 1947, ejerciendo como catedrático en la Universidad de San Marcos de esa ciudad. Sus primeras lecciones las dictó en el Instituto de Periodismo, perteneciente a la Facultad de Letras.

